

www.elboomeran.com

Anne Serre

¡Ponte, mesita!

Traducción de Javier Albiñana



EDITORIAL ANAGRAMA
BARCELONA

Título de la edición original:

Petite table, sois mise!

© Éditions Verdier

Lagrasse, 2012

Diseño de la colección: Julio Vivas y Estudio A

Ilustración: «La fiesta blanca. Lis Beyer con vestuario de cucuruchos»,
foto anónima, 1926 (Bauhaus-Archiv, Berlín)

Primera edición: enero 2014

© De la traducción, Javier Albiñana, 2014

© EDITORIAL ANAGRAMA, S. A., 2014

Pedró de la Creu, 58

08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-7882-0

Depósito Legal: B. 24507-2013

Printed in Spain

Liberdúplex, S. L. U., ctra. BV 2249, km 7,4 - Polígono Torrentfondo
08791 Sant Llorenç d'Hortons

Primera parte

I

La primera vez que vi a mi padre disfrazado de chica tenía yo siete años. Al volver a casa vi dirigirse hacia mí por la acera a una mujer calzada con altas sandalias rojas, un abrigo ligero, tal vez de seda, en cualquier caso brillante, flotando tras ella, pero lo más excepcional eran sus greñas oxigenadas, los enormes pendientes que danzaban, los párpados azul vivo y moteados. Estaba tremenda, parecía Laura Van Bing en *Crucifixión* o Crusoë Kiki en su «danza frenética».

No lo reconocí enseguida. Habitualmente llevaba chaqueta. Un día sorprendí a Marjorie Higgins pegándose a él con todo el cuerpo en el vestíbulo, y mi padre le soltó un bofetón, lo cual me pareció muy bien. En otra ocasión, oí a Marjorie Higgins confesarle a mi madre que tiempo atrás había cometido ese «acto indecoroso», que

no podía seguir ocultándoselo a mamá siendo como era tan buena y una vieja amiga. Mamá soltó una carcajada, ambas se besaron, y sus pechos se frotaban en su abrazo.

Mamá iba desnuda la mayor parte del tiempo. «No tienes pudor», le decía papá. Se cepillaba enérgicamente el vello púbico ante el espejo del vestíbulo, tan seria como cuando lo hacía con sus dientes por las noches. Una amiga de clase se quedó patidifusa: «¡Tu madre está desnuda!», me susurró. «Sí», contesté, «en casa no tenemos pudor.» Luego le gustaba venir a casa para ver a mamá desnuda junto a la ventana del salón, o regando las flores mientras se balanceaban sus voluptuosos pechos.

Si queréis saber cómo era físicamente mi madre, que es lo que me pregunta todo el mundo cuando cuento esta historia, os haré una somera descripción. Tenía veintiocho años, era rubia y el pelo largo claro se le desparramaba por la espalda. Era una chica «del Norte». Más alta que Marjorie, tenía el cuerpo suave, blanco y de largos muslos. Constantemente preocupada por no engordar, se miraba en los espejos de la casa diciendo: «Cariño, ¿no crees que he engordado?» Y se asía el vientre gimiendo: «¡Mi barriga! ¡Mi barriga! ¡Pero qué gorda me estoy poniendo!» Yo le contestaba: «Que

no estás gorda, si estás hecha una sílfide», porque una vez el agente de seguros le había dicho: «Marianne, es usted tan guapa, ¡una auténtica sílfide!», y por cierta sonrisita que se le escapó noté que le había gustado.

Mamá era probablemente «exhibicionista», como le diría más adelante el doctor Mars. Cuando iba vestida, se le abría la bata y no dejaban de soltársele las medias, lo cual la obligaba siempre a levantarse la falda para sujetárselas. Las blusas le quedaban siempre estrechas y siempre saltaba el botón de arriba. Parecía muy enamorada de papá pero lo llevaba por el camino de la amargura. En cuanto lo veía aparecer, le suplicaba: «¡Tócame, cariño, tócame!» mientras miraban la televisión y ella estaba sentada en el sofá. Entonces papá le agarraba brutalmente un pecho o, sin volver la cabeza, le estiraba violentamente el vello púbico.

Hacían con nosotras cosas que está totalmente prohibido hacer con los niños. A mamá, sobre todo, le gustaba acariciarnos. Tenía que ver nuestros sexos y palparnos, manosearnos, «succionarnos», como diría Sade. Por ejemplo, sobre las tres de la tarde, decía: «¡Ven, es que estoy tan caliente!» Se sentaba en un sillón, abriendo sus grandes muslos, y Chloé, Ingrid o yo, o las tres a la vez, comenzábamos a cosquillearla, a mordisquearla, a frotar-

la, a pellizcarla, a lamerla. Cuando estaba papá, éste aprovechaba, no para tocar a mamá, que le lanzaba miradas lánguidas con sus ojos ardientes y oscuros, sino para toquetearnos a nosotras. Su sexo, claro está, se le ponía gordísimo.

¿Fue debido a nuestros hábitos familiares? —según el doctor Mars, sí—, el caso es que mis hermanas y yo nos formamos muy tempranamente, hacia los diez o los once años. A mamá le encantaba descubrir el nacimiento de nuestro pecho, de nuestro vello: «¡Veréis cómo vais a gozar de la vida a partir de ahora!», decía. Marjorie y ella palpaban, excitadas, nuestros pechos, apostando sobre cuál de nosotras los tendría más opulentos, explorando nuestro coño y nuestro culo, que no las dejaba insensibles: «Creo que la que tendrá más disposiciones para ser sodomizada será Ingrid», decía Marjorie. Lo mismo opinaba papá, que se retiraba a solas con Ingrid cuando mamá lo incordiaba demasiado con la locura amorosa que sentía por él.

II

Nuestros padres no eran tan tontos como para pensar que todo el mundo habría aprobado nuestro estilo de vida. La vez en que aquella amiga de

clase vio a mamá cepillándose el vello púbico ante el espejo, estuvo a punto de estallar un escándalo. Durante unas semanas no dijo nada, en su ansia de ver a mamá desnuda y de disfrutar de semejante espectáculo cuando venía a casa, pero al final no aguantó y se lo contó a su hermano, quien se lo contó a sus padres, por lo que le prohibieron volver a nuestra casa y aun dirigirme la palabra. En el colegio me mandaron a un psicólogo que me hizo preguntas y me pidió que hiciera dibujos. Dibujé flores y árboles, y contesté que no, que mamá no se paseaba desnuda.

El doctor Mars era uno de nuestros aliados. Cuando llegaba, siempre abrumado entre dos visitas, seguía a mamá hasta el comedor, le inclinaba el busto contra la mesa y se hundía frenéticamente en ella. Pero aparte de algunos amigos de la familia –he mencionado a Marjorie Higgins, al agente de seguros, al doctor Mars, hablaré también de Pierre Peloup, de Myriam de Choiseul y de los hermanos Vinssé–, nos manteníamos tranquilas.

III

Cuando, el 7 de julio de 1967, vi a papá en la rue Alban-Berg, disfrazado de mujer –porque lo

reconocí—, me quedé maravillada y me entraron ganas de seguirlo, cosa que hice en repetidas ocasiones. Recorriendo los jardines, subía por la rue Alban-Berg, hasta el cruce, y salía de nuestro barrio residencial para dirigirse al centro. Allí entraba en las tiendas, donde se probaba perfumes, prendas y cantidad de ropa interior. A veces se sentaba en un café, o se metía en un cine, y regularmente paraba a un transeúnte, hombre o mujer, para pedirle una indicación, una calle, pese a que conocía al dedillo la ciudad. La gente se volvía a mirarlo, lo cual le encantaba. Una vez me vio, y recobró la voz de hombre para decirme: «¡Ya te estás largando!» Volvía cansado de tanto andar y con zapatos tan finos. Entonces, mamá, casi arrodillada, lo descalzaba y le lamía los pies: hacía constantemente ese tipo de cosas.

IV

Cabría pensar que viviendo como vivíamos en lo que otros habrían llamado «relajación» de costumbres, estábamos muy trastornadas. Pues no. Nuestros resultados escolares eran más bien buenos, y teníamos amigos con quienes manteníamos excelentes relaciones. Porque nada resulta más fácil

a un niño que mentir, incluso es su universo, aquel en el que se desenvuelve con más facilidad y éxito. Cuando mamá miraba a papá con sus ojos de fiera salvaje y él se negaba a satisfacer sus desmesurados deseos, cuando mamá ardía de excitación, esperando a Marjorie o al doctor Mars como liberadores, se arrojaba sobre nosotras y nos fricciónaba hasta hacernos perder el aliento, lo cierto es que reinaba una aguda tensión en la casa. Pero esa tensión formaba parte del placer, habíamos nacido con ella. No nos atraía la dulzura, la cual se nos antojaba tedio, y cuando raramente, muy raramente pero a veces sucedía, mamá se hallaba vestida, cosiendo junto a la ventana, cuando nuestros cuerpos no eran visitados, el doctor Mars estaba ausente y el agente de seguros de vacaciones, entonces sí que experimentábamos un gran trastorno, un arranque de desespero, y éramos nosotras quienes nos convertíamos en fierecillas, buscando una mano que lamer, un sexo que devorar, un poco de aliento, vamos.

V

Tal era el caso cuando nos íbamos de vacaciones a casa de los abuelos, en Tremble. Ellos no

compartían ni las costumbres ni los puntos de vista de nuestros padres, y nos aburríamos soberanamente en su casa de campo. Papá y mamá se veían obligados a comportarse con gran prudencia, con gran discreción. Mamá no se desnudaba nunca, iba vestida, suspiraba. Papá no se vestía de mujer. Les lanzábamos miradas implorantes, a las que, simuladores como eran, no contestaban, desdeñándolas con aire suficiente.

Cuando salíamos en coche por las tardes so pretexto de visitar un paraje especial, o de bañarnos en una playa, recobrábamos durante dos o tres horas lo que no puede sino denominarse «nuestra vida de familia». O sea que tan pronto salíamos del jardín, mamá se arrancaba el vestido y se quedaba desnuda en el asiento delantero del coche, pegando su rostro enajenado al cristal para que la vieran los automovilistas, papá se cambiaba en el primer camino, y reaprendíamos a acariciarnos, a montarnos unos a otros. Regresábamos calmados, no sin echar en falta el espacio de nuestra casa, las visitas del doctor Mars, los cepillazos de mamá en su vello púbico y la seguridad del agente de seguros.